

## Predicciones y dilemas

Los cálculos de Álvaro Rojas resultan prometedores: «El costo de una edición electrónica ronda el 25% del costo de una edición impresa convencional. El trabajo de los especialistas que dan forma al libro electrónico es relativamente caro y las instalaciones necesarias para hacerlo también lo son, pero están al alcance de muchos en Europa o los Estados Unidos. En el fondo, la clave del asunto reside en el conocimiento de los métodos más que en la maquinaria o en los materiales. Por todo ello, está claro que se editará mucho más que antes, y por fin el lector estará seguro de que no se perderá a un genio de las letras porque ningún editor quiso editarlo».

Semejante trastocamiento del escenario provoca no sólo un nuevo tipo de relaciones entre el escritor y sus lectores, también un cambio de registro en cuanto a los beneficios y, como veremos, en lo que concierne a los derechos de autor. Desde su origen, el deseo de abaratar y, por ende, difundir en mayor grado el producto actúa como impulsor de estas iniciativas (Stephen King y Pérez Reverte defendieron ese argumento). Pero al obrar de precursores, estos proyectos desarticulan viejas categorías y plantean nuevos problemas.

Por su carácter admirable y cautivador, el objeto que llamamos libro implica fetichismo, culto y placer sensorial, no necesariamente relacionados con su lectura. En contraste, el libro electrónico se convierte en un puro dispositivo legible, extremadamente provechoso, dúctil y más duradero, pero sin latencias connotativas. Se ha conjeturado que éste es un problema básico del comercio, pues muchos volúmenes se adquieren por gusto, costumbre y afán de colección, pero no para leerlos. En esta línea, resulta difícil imaginar que un libro electrónico sea comprado con un propósito ajeno a su lectura o consulta.

No ignoremos otros inconvenientes. Para cumplirse la expectativa más feliz, han de darse una serie de condiciones, y la primera es ésta: una mínima compatibilidad de formatos para toda la maquinaria, que además redunde en su seguridad. Hasta el momento, las técnicas criptográficas de protección se han desarrollado en competencia con la piratería informática. Pues bien, lo mismo que las transacciones monetarias, la propiedad intelectual también ha de quedar salvaguardada mediante la criptografía. «El libro electrónico —explica Sánchez Ventero— se adquiere mediante los habituales procedimientos de compra en la Red, y luego se transfiere desde la tienda virtual hasta la computadora del comprador. Además del libro, dicho cliente recibe, de forma gratuita, una copia del programa que permite leer el ejemplar. En la actualidad, este mercado se reparte entre los programas

*Acrobat e-book Reader* y su variante de la marca Microsoft. En teoría, una asociación entre el número de serie de este programa y el e-ISBN del libro (su ISBN digital) evita que el usuario pueda hacer copias piratas. Pero, insisto, esa imposibilidad es tan sólo una teoría».

En segundo lugar, sería deseable un análisis profundo de la nueva perspectiva financiera. Si es cierto que, mediante ese modelo editorial, cabe reducir gastos de producción, almacenamiento, distribución e inventario, quién sabe hasta dónde repercutirá todo ello en la ganancia de los escritores, y en qué medida perjudicará al gremio de los libreros. Imposible llegar a conclusiones. En todo caso, es de sospechar que no siempre se cumplirá el pronóstico de Epstein, quien vaticina un generoso incremento de los derechos de autor.

Nadie ignora que las novedades tecnológicas suelen originar el entusiasmo de los analistas. En el caso del libro electrónico, al arrebató no se le pone freno. Los portavoces de Microsoft aseguran que dentro de veinte años, el noventa por ciento de todos los títulos llegarán simultáneamente al mercado en papel y en formato digital. Admitido ese porvenir, la consultoría PricewaterhouseCoopers confirma que en el año 2004, el 26 por ciento de los libros vendidos serán electrónicos, incluyendo en esta categoría los dispositivos especiales de lectura, los volúmenes impresos y encuadernados en máquinas expendedoras, y los títulos adquiridos en la Red, en forma de archivo digital. El equipo de cabalistas de Andersen Consulting ubica ese optimismo en 2005: nada menos que veintiocho millones de personas participarán en el festín electrónico. Preferimos ahorrar al lector otros informes. En indicaciones así, brilla un mercado en alza, y su fórmula es la misma que impulsó otros hallazgos de la cibercultura.

Además, de acuerdo con Sánchez Ventero, la tecnología ofrecerá nuevas vías de salida, a cual más prodigiosa: «El interior de un dispositivo *SoftBook* resulta similar al de un ordenador portátil, por lo que la lectura puede llegar a amenizarse con sonidos. Así, pues, estamos ante una futura fusión de libro y audiolibro. Por ahora, la ligereza del plástico de la carcasa no evita que el *SoftBook* pese casi el doble que un libro del mismo tamaño. Pero los próximos saltos tecnológicos nos traerán nuevas sorpresas. El llamado *papel electrónico*, aún en delicado estado de gestación en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) y en el Palo Alto Research Centre (PARC), puede aligerar el peso y el tamaño de estos dispositivos, popularizándolos mucho más. Con un grosor ligeramente mayor que el del papel de elevado gramaje, llegará a disponer en breve de las mismas características que hoy poseen los monitores de los ordenadores portátiles y las agendas electrónicas. Para hacernos una idea de lo que esto supondrá, pen-

semos que la pantalla suele ocupar el 50% del espacio de una agenda. Con este papel digital, el dispositivo podría llegar a ser tan grueso como un disquete». Por otro lado, según Álvaro Rojas, este portentoso papel electrónico, equivalente a una finísima pantalla de ordenador, ha de poner en acción otras maravillas: «podrá ser encuadernado en un *libro* con las páginas que sean necesarias. Ciertamente, el objeto tendrá el aspecto exacto de un libro, pero será un computador altamente especializado en el que se podrán guardar varios libros: los que *aparecerán* tipográficamente en cada página dando una orden electrónica. Se cumplirá así el sueño de Borges de tener *un libro de todos los libros*».

Hasta aquí, diríase que bastan el autor, el lector y una línea digital para determinar el nuevo paradigma que anunciaba Jason Epstein. Si es cierto que todo ello ha de resolver satisfactoriamente los problemas del mundo editorial, ya sólo resta una duda por descifrar: el número de personas que en ese porvenir tan próximo han de buscar sentido en los libros, bien sean éstos de papel o de cuarzo líquido y multiforme.

## EL QUE MUCHO ABARCA....



*El parroquiano.*—Maestro, al niño un poco largos y á mí anchitos. Son las dos.

*El sastre.*—Chicos, vamos, volando; cantad bien, pues ya sabéis que yo puedo anotar á la vez varias medidas. Estarán á las seis.



*El parroquiano.*—¡Horror! Demasiado justo... demasiado estirado...